

En *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*. Buenos Aires. Noveduc 2019. Págs. 207-224.

Elogio del aula.

Magnífico pasaje del Talmud:

‘El mundo no existe más que para el aliento de los estudiantes’.

*Y: ‘No hay que importunar a los estudiantes,
ni siquiera para la construcción del santuario’.*

Y: ‘Toda ciudad sin estudiantes será destruida’.

Peter Handke.

1.

Me gusta ir a visitarla cuando aún está vacía, unos días antes de que el curso comience. Necesito ver cómo son la pizarra y la pantalla de proyecciones, si hay o no tarima, cuántas puertas tiene, cómo es y dónde está mi mesa, si tendré posibilidad o no de cerrar las persianas para oscurecerla. También si tiende a cuadrada o es más bien larga y estrecha. Y si conserva algunos murales en las paredes, restos del pasado semestre, que estoy casi seguro de que no me van a gustar aunque sé que no me atreveré a quitarlos. Hay cierta ceremonia en ese mi primer encuentro con el aula, silenciosa y dispuesta, como ofreciéndose ya a ese primer día de clase que ya me he puesto a esperar con cierta ansiedad. La universidad ha puesto a mi disposición un espacio y un tiempo, el título de una asignatura y varias decenas de chicas y chicos. Todo lo demás es, en este momento, cosa mía. Una vez más, el curso está a punto de comenzar.

Hay algo ahí que podríamos llamar del orden de lo sagrado, pero de lo sagrado humilde y cotidiano, ese cuyos signos se reducen a un leve estremecimiento, a esa mezcla de atracción y de miedo que no puedo dejar de sentir en esa primera visita, hecha sólo para saludar y como para presentarle mis respetos, a la que será mi aula dos días por semana durante un semestre. Llamo a eso el momento de la salutación. Pienso que esto podría titularse “elogio del aula como lugar sagrado”. Y es que el aula no es, no puede ser, no debe ser, un lugar cualquiera.

2.

No hay en el umbral pila de agua bendita para santiguarse, ni una repisa para dejar el calzado. Tampoco exijo al entrar ni túnica, ni velo, ni cintas en el cabello. No pido que se bese el suelo o que se incline la cabeza. No comienzo el oficio invocando la presencia de los dioses o haciéndoles ofrendas. Ni siquiera pido la inspiración de la musa. Pero lamento que ya no se estile hacer sonar una campanita para llamar a los rezagados. Pasados cinco minutos de la hora indicada, cierro la puerta para señalar, con cierta solemnidad, que la clase comienza. Luego, desde el frente de la clase, de pie, carraspeo dos veces para pedir silencio, recorro con la mirada los rostros de los estudiantes, digo aquello de “sean ustedes bienvenidas y bienvenidos... vamos a comenzar”. O incluso empiezo diciendo algo así como “hoy nos hemos reunido aquí para leer y comentar...”. Llamo a eso el momento del dar comienzo o también, a veces, el momento del estar dispuesto.

3.

Si me tuviera que situar en uno de los tres órdenes medievales no lo haría entre los clérigos ni entre los soldados, sino entre esos campesinos que se la pasan quitando piedras y malas yerbas, cuidando el terreno, rezando para que llueva a tiempo, trabajando esforzadamente para una cosecha siempre incierta. En la vieja disputa entre las armas y las letras optaría sin duda por las letras, preferiría tener el rostro, como dice Ferlosio, “pálido y demacrado por el estudio en lugar de roto y recosido por encuentros de lanza”, pero no adoptaría ahí las poses seductoras del juglar sino las más solitarias del estudioso y las más rudas del campesino, del obrero o del artesano. No me siento predicador (aunque tenga a veces cierta tendencia), nunca he sido un luchador, me gusta la vida retirada, soy más bien un animal de costumbres, necesito las rutinas (mi opción por las letras tiene más de monje sedentario y de vida regulada que de trovador errante y

aventurero) y vengo de generaciones de labradores acostumbrados a hacer germinar una tierra avarienta y reseca. Pero mis antepasados también contaban historias entre risas en los intervalos, presumían de que en sus campos lucieran los surcos más rectos y los olivos mejor podados, afinaban sus guitarras para ponerse a cantar a la vuelta del trabajo, cultivaban árboles frutales “sólo para regalarse”, y se endomingaban para salir a pasear con orgullo en los días de fiesta. Tal vez por eso no entiendo el aula como un templo, ni como un campo de batalla, ni como un terreno de cultivo, sino tal vez como un lugar cotidiano para el encuentro, la celebración y el goce en medio de un trabajo duro y bien hecho.

4.

Me siento un obrero de las letras, o un trabajador de la cultura como decían los viejos marxistas. Lo que yo hago es leer y escribir, preparar clases, dar cursos y conferencias, conversar con mis estudiantes, con mis lectores, con mis oyentes: una ocupación material, diaria, muchas veces agotadora aunque no exenta de momentos de alegría que podría estar bajo la protección de *Ponos* y a la que tal vez le conviniera el título de Hesíodo: *Los trabajos y los días*.

Ponos es el dios del esfuerzo continuo y duradero, del trabajo pesado y de la fatiga, pero también es una palabra griega muy hermosa en la que “el *ponos* de cada uno” podría traducirse como los trabajos, las penalidades, los padecimientos, las tareas, los esfuerzos, las fatigas, las luchas o las pruebas propias de cada individuo, las que a cada uno le han sido dadas o concedidas, o las que cada uno ha tomado y asumido, como cuando se habla de “los trabajos de Hércules” por ejemplo. Aunque precisando que ese *ponos* griego, esos trabajos, no pueden verse como serviles, económicamente productivos o socialmente útiles, sino como una manera de nombrar el carácter esforzado de la condición humana. Y señalando también que ese *ponos* no es pesaroso, no supone, como la desgracia o la tristeza, la pérdida del mundo y la ruptura del vínculo social, sino que es el modo como cada uno se conecta con el mundo, consigo mismo y con los otros. Además, el trabajo penoso del *ponos* no se opone, sino todo lo contrario, con la *scholè*, con el ocio activo propio del hombre libre. La *scholè* es el tiempo en el que el hombre libre (que no está obligado a trabajar) se consagra a sus trabajos, es decir, a los deberes propios de su condición. En el registro del *ponos* no hay lugar para los esclavos, para aquellos para los que su tarea está ligada a la necesidad y a la obediencia y no al deber y a la libertad.

Pero siendo un trabajador de las letras, un profesor esforzado que hace del *studium* su *ponos*, considero el aula como un lugar para el encuentro, la celebración y el goce. El trabajo, lo que se dice trabajo, está para mí antes y después del aula. Y me gustaría poder sentir que trabajo para el aula pero no en el aula, que lo que hago en el aula no es trabajo, que es otra cosa que trabajo, aunque a veces digo que “sudo la camiseta” o que “el aula es mi lugar de picar piedra”.

5.

No entro al aula como a un lugar del trabajo sino de amor y de deseo. El aula es el lugar fundamental de mi oficio, pero no la colocaría bajo la protección de *Ponos* sino de *Eros*. Y de un amor y un deseo, además, entendidos al modo platónico, con esos rasgos que le atribuye Diótima en el *Banquete* y que no puedo resistirme a transcribir:

“Siendo hijo, pues, de Poros y Penía, Eros se ha quedado con las siguientes características: en primer lugar, es siempre pobre, y lejos de ser delicado y bello, como cree la mayoría, es más bien duro y seco, descalzo y sin casa, duerme siempre en el suelo y descubierto, se acuesta a la intemperie en las puertas y al borde de los caminos, compañero siempre inseparable de la indigencia por tener la naturaleza de su madre. Pero, por otra parte, de acuerdo con la naturaleza de su padre, está al acecho de lo bello y de lo bueno; es valiente, audaz y activo, buen cazador, siempre urdiendo alguna trama, ávido de sabiduría y rico en recursos, un amante del conocimiento a lo largo de toda su vida, un formidable mago, hechicero y hábil con las palabras. No es por naturaleza ni inmortal ni mortal, sino que en el mismo día unas veces florece y vive, cuando está en la abundancia, y otras muere, pero recobra la vida de nuevo gracias a la naturaleza de su padre. Mas lo que consigue siempre se le escapa, de suerte que Eros nunca ni está falto de recursos ni es rico, y está, además, en el medio de la sabiduría y la ignorancia (...).”

Los del aula son trabajos de amor. Y lo que antes fue trabajo rutinario y esforzado se convierte ahora en un extraño temblor, mezcla de atracción y de miedo, ese que se siente cuando todo es deseo y promesa, y no hay seguridades ni garantías. En el aula me siento hijo de *Penía*, indigente y lleno de carencias, y a la vez hijo de *Poros*, audaz y lleno de recursos, a la vez capaz e incapaz, rico y pobre, sabio e ignorante, hábil y torpe; como cuando no se tiene sino que se busca o, mejor, cuando se espera y se desespera; como cuando no se sabe lo que pasará o lo que vendrá; como cuando uno duda de todo lo que ha preparado, imaginado, anticipado; como cuando se sabe que todo puede germinar y florecer, pero también marchitarse y morir, y que eso no depende de uno mismo. Llamo a eso el momento de las ofrendas.

El aula es el lugar en que los trabajos se ofrecen al amor, a la celebración y al goce. Como cuando mis antepasados ofrecían en el templo las primicias de los frutos y se las ofrecían después, a sí mismos y a la comunidad, para celebrar la vida. Por eso el aula no es, no puede ser, no debe ser un lugar cualquiera. Por eso es el lugar del temor y el temblor. Por eso es el lugar del deseo. Por eso tiene algo de sagrado.

6.

En lo que tiene que ver con *Ponos*, me gusta esa expresión española de “pasar trabajos”. Antes y después del aula hay que pasar trabajos. Y la mezcla de *Ponos* y *Eros*, en lo que respecta a mi relación con al aula, dentro del aula, estaría en esa copla que dice: *“Qué trabajitos me cuesta / quererte como te quiero / Por tu amor me duele el alma / el corazón y el sombrero”*. Llamo a eso el momento de las penas de amor.

7.

No hay en el aula nada de divino, ni se ofrece alimento espiritual para los fieles, ni se construye ningún tipo de comunión religiosa. No pienso que mi oficio sea hacer de chamán entre ateos, ni que tanto yo como mis colegas de los viejos tiempos seamos como sacerdotes en una época posterior a la religión. Tampoco me pregunto qué sentido tiene predicar en el desierto, o para qué levantar los ojos al cielo para inclinarlos después sobre la tierra si trabajo en una tribu para la que el cielo está vacío. Pero he dedicado mi vida a este lugar; sé que un lugar sagrado exige, para serlo, una cierta comunidad; y sé que no seré capaz de hacer que la mayoría de los estudiantes que entren en el aula sientan, como yo, que este no es, no puede ser, no debe ser, un lugar cualquiera. Llamo a eso el momento de la difícil correspondencia o, recordando a Deleuze, el momento del pueblo que falta.

8.

Contemplo las filas de estudiantes subiendo por la ladera, los observo distribuyéndose por las distintas escaleras que conducen a los diferentes aularios, me maravillo, una vez más, de ver esa coreografía de cuerpos juveniles dirigiéndose a clase, la misma que se ha repetido durante siglos y que se sigue repitiendo en todas las ciudades del mundo, me pregunto, como cada día, qué busca, o qué espera, si es que espera algo, toda esa muchachada, me pregunto también, y esa pregunta es más difícil, qué es lo que yo busco, lo que espero. Le llamo el momento del desconcierto, o también, algunos días, el momento de la responsabilidad que pesa.

9.

Un poco antes, habré dedicado el tiempo del café de la mañana a repasar los materiales de la clase, habré llegado temprano al aula, habré depositado los libros y el cuaderno encima de mi mesa, habré bajado las persianas con la ayuda de las chicas más madrugadoras, habré colocado la peli en el reproductor para que el título esté en la pantalla cuando los alumnos vayan entrando y acomodándose, estaré ya un poco impaciente por escuchar cómo suenan las primeras palabras o por ver cómo brillan las primeras imágenes. Y le llamaré, por qué no, el momento del recogimiento.

10.

El hombre sin honor, dice Michel Leiris, *“es ese para el que todas las cosas –habiendo perdido su magia, habiendo devenido iguales, indiferentes, profanas- están ahora desprovistas de virtud, del mismo modo que él es ahora ‘sin honor’, sin razón para actuar. Separado de todo pacto –sin participar de nada que sea sagrado- se encuentra al mismo tiempo sin lugar, fuera de la ley y, a*

falta de amar a nadie, no tiene derecho a la amistad de nadie. Búsqueda del honor como de un anillo perdido, es decir, del eslabón a partir del que se puede insertar de nuevo en el mundo, mediante la cadena de un pacto con algún elemento privilegiado, sea el que sea. Se trata entonces de pasar revista a todo lo que, en cierta medida, me parezca prestigioso, de modo que pueda saber por fin a qué me atengo, sobre qué puedo fundar un sistema de valores. Un título más explícito sería 'Búsqueda del honor perdido'".

El hombre sin honor, el hombre sin sagrado, el hombre sin amor, el hombre sin mundo. Para el profesor que soy, ese que comienza a sentirse sin lugar, es esencial la afirmación del aula como un lugar al que atenerse, en el que tenerse y sostenerse. Un lugar en el que encontrar una especie de magia, en el que renovar una especie de pacto con el mundo, pero también un cierto sentido del deber y del hacer, y una suerte de dignidad. La noción de deber, dice Leiris, *"puede implicar al menos la idea de una cierta dignidad de la vida"*. Peter Handke me recuerda que *"estar sumido en el trabajo quiere decir que éste es más que yo"*. Y es que el aula no es, no puede ser, no debe ser, un lugar cualquiera.

11.

Hay sagrado, dice Leiris, *"a partir del momento en el que hay una dicotomía bien marcada, heterogeneidad, umbral"*. Y relaciona también lo sagrado con lo cerrado, lo clausurado, con *"los lugares especiales y bien delimitados"* (los ejemplos que usa son el espacio de arena en medio del césped en el que jugaba de niño, o el pequeño jardín que cultivaba en el patio familiar). Hay sagrado, entonces, o puede haberlo, en el momento en que un límite se franquea, cuando se atraviesa un umbral que marca una distinción fuerte entre un adentro y un afuera. De ahí, tal vez, la importancia de la puerta del aula. Entrar en el aula no es, no puede ser, no debe ser, entrar en un lugar cualquiera.

Si pudiera diseñarla, mi aula tendría un umbral que habría que atravesar con cierta gravedad. La única ventana sería cenital: no para mirar al exterior, o para que se vea desde fuera lo que pasa dentro, sino para que deje pasar una luz que ilumine lo que hay en medio y en lo que debe concentrarse la atención de todos, para que lo único que se pueda ver sea el cielo. Y habría un reloj sin manillas en una de las paredes, como para desconectarse del tiempo de afuera, o simplemente para olvidar el tiempo. Lo diré, cambiando apenas unas palabras, con una cita de Peter Handke: *"Espacio, tiempo, centro, forma: a esos cuatro estaba buscando. ¿Y dónde se hacían uno el espacio, el tiempo, el centro y la forma? Allí donde está el ejercicio –continuado del oficio"*.

12.

He escuchado las conversaciones de los estudiantes en el bar, he visto los anuncios de todo tipo que hay en los pasillos y, en general ni las conversaciones ni los anuncios me han gustado. Mientras camino hacia el aula pienso, a veces, en lo hostil que se está poniendo el mundo ahí afuera, y en cómo la universidad que recibe a los chicos se parece cada vez más a ese ahí afuera. A veces, en la puerta, los chicos y las chicas me cuentan de sus trabajos y de sus estudios (y de su relación con sus trabajos y con sus estudios), de sus muchos miedos y sus pocas expectativas, de las cosas que les ocupan y les preocupan. Tengo la sensación de que todo, o casi todo, es, para ellos, instrumental, y de que todo, o casi todo, los instrumentaliza. Siento entonces una mezcla de rabia, de compasión y de ternura; pienso que tendría que poner en la puerta del aula la cita de Calvino que ha aparecido más de una vez en este libro; recuerdo el limbo, eso de *"aquí no hay pena ni gloria, nadie está condenado pero tampoco tiene salvación"*; y me dan ganas de titular estas palabras: *"elogio del aula como orla del infierno"*.

13.

Si tuviera que nombrar topológicamente el aula la llamaría *"otraparte"*, la colocaría *"al lado"* de lo que algunos llaman *"lo real"*, separada del mundo pero al mismo tiempo en contacto con él, como si sus paredes fueran una especie de tímpano que deja algo afuera pero, sin embargo, es sensible a sus vibraciones. A la vez protegida de los vientos pero dejando sentir el ulular de los vientos. Como un abrigo, o un pliegue, en la intemperie. Como *"un dique contra el Pacífico"* que apenas puede resistir la fuerza del Pacífico (porque lo han podrido los cangrejos), como una lona

llena de agujeros, como un muro horadado por el que entra el frío pero en cuyos huecos hay una barandilla por la que poder asomarse sin caerse. Entrar en el aula no salva pero, por un momento, pone lo real, el mundo, ese infierno, a distancia, y hace sitio y da tiempo para lo que en el infierno no es infierno. También, desde luego, para maldecir el infierno. O para reírse del infierno. O para estudiar el infierno.

14.

No se exige en la entrada declaraciones de fe, certificados de bautismo, partidas de nacimiento o la posesión de una serie de virtudes. No hay nadie que vigile la puerta o que decida quién puede entrar y quién no. El aula acepta a todo el mundo y el profesor, por definición, no elige a sus alumnos. Pero al entrar al aula hay que sentir que ese es un lugar generoso porque es exigente, que ahí no se puede hacer cualquier cosa, que hay cosas que deben quedar afuera. Por eso me gusta ponerme en la puerta para ir saludando a los que llegan. Pero también me gusta ponerme en la puerta para recordar a los que llegan tarde, con amabilidad pero seriamente, que el profesor ha preparado la clase con cuidado, que la tarea ha comenzado a la hora que estaba anunciada, y que tanto el profesor como la tarea merecen respeto. Llamo a eso el momento de dar la bienvenida.

15.

Hay en el aula un gesto que podríamos llamar “de profanación”, si por eso entendemos la actividad permanente del conocimiento, de la crítica o incluso de la deconstrucción: una lectura que no acepta nada por verdadero puesto que la verdad, sea eso lo que sea, no se posee sino que sólo se desea y se busca. Pero hay también, y quizá fundamentalmente, un trabajo que podríamos llamar “de sacralización”, si por eso entendemos la conservación, la transmisión y la renovación de una cierta verdad, sea eso lo que sea, que nos ha sido legada pero que está siempre amenazada por el olvido: una lectura que está del lado de la fidelidad, de la aceptación y de la conmemoración. En el aula hay algo que se recibe, que se conmemora, que se hereda, algo a lo que se atiende, pero la estructura misma del aula suspende cualquier conexión normativa con el pasado. Por eso el aula no es un templo, pero podría ser una orla desacralizada del templo. Y hay en el aula algo que se busca, que se persigue, algo a lo que se tiende, pero el aula suspende cualquier relación proyectiva con el futuro. Por eso el aula no es un lugar de producción, no es una fábrica, pero podría ser una orla desactivada de la fábrica. En el aula el pasado no pesa, el futuro no está anticipado y el único tiempo que cuenta es el presente, es decir, el momento en que algo se presenta, se hace presente, o se trae a la presencia.

En el aula es preciso que tanto los textos como los modos de lectura tengan alguna relación con la verdad, sea eso lo que sea, bien con una verdad que se busca, bien con una verdad que se transmite, bien con una verdad más sencilla: una especie de sentimiento de verdad que tiene que ver con algo así como la alegría del descubrimiento, o la alegría de ver claro, o de ver otras cosas, o la alegría de comenzar a pensar lo que nunca se había pensado, o la alegría de sentirse capaz, como cualquier otro, de leer, de escribir y de pensar.

Quizá la verdad que se descubre en el aula sea, simplemente, la de la tercera lección sobre la emancipación intelectual, esa lección que se titula “La razón de los iguales”, esa sentencia que dice: *“¡yo también soy pintor!”*. Tal vez por eso en el aula no se da una relación con la verdad sino con lo que *El maestro ignorante* llama la veracidad y que define como *“el fundamento moral del poder de conocer”*: no lo que provoca el asentimiento y agrupa a las personas, sino ese esfuerzo constante de traducción y contra-traducción que no asocia sino que separa o, dicho de otro modo, que *“sólo une alrededor de un núcleo ausente”*. La cita podría ser la siguiente:

“El pensamiento no se dice ‘en verdad’ sino que se expresa ‘en veracidad’. Se divide, se dice, se traduce para otro que se hará otro relato, otra traducción, con una única condición: la voluntad de comunicar, de ‘adivinar’ lo que el otro ha pensado y que nada, fuera de su relato, garantiza, y que ningún diccionario universal dice cómo debe ser comprendido”.

En el aula no está la verdad pero debe haber una relación con la verdad. Hay que leer, escribir, conversar y pensar “de verdad”: siempre se trata de verificar alguna cosa. Y aunque al salir nos repitamos la copla de Machado, esa que dice *“Confiamos /en que no será verdad / nada de lo*

que pensamos”, sabremos que, mientras estábamos ahí, algo ha sido pensado y, de alguna manera, aunque no sea verdad, se ha hecho verdadero.

16.

En el aula hay una selección precisa de los textos y una organización codificada de los modos de lectura. Por eso hoy en que la tendencia es a la nivelación y la banalización de todo, en que los textos se producen y se reproducen con independencia de si contienen o no algo de verdad, en que la distinción entre lo verdadero y lo falso, tanto si es filosófica como teológica, ha sido declarada obsoleta, en que el lector afirma descaradamente su soberanía, es decir, su indiferencia, en que lo único que cuenta es la oposición entre lo útil y lo inútil, o entre lo que gusta y lo que no gusta, tal vez el aula sea uno de los últimos lugares donde los textos pueden ser investidos, aún, de una cierta autoridad, de una cierta potencia y de un cierto misterio. El aula no es un lugar cualquiera porque allí no se lee cualquier cosa ni se lee de cualquier manera. Y es en ese sentido que el aula aún posee, o podría poseer, o debería poseer, algunos de los rasgos de una topología de lo sagrado. Aunque sólo sea para que haga posible la reiteración de esos gestos mágicos que son capaces de dotar a los textos de cierto poder, y que son capaces de inducir en las personas ciertas disposiciones.

17.

Tal vez sea cierto que el espíritu sopla donde quiere y cuando quiere, que la verdad, sea eso lo que sea, no tiene albergue ni techo ni lugar privilegiado, pero tal como están las cosas no está de más cuidar de algunos sitios especiales y de algunas disposiciones especiales para facilitarle la tarea. O, como decía Barthes en su libro sobre Japón, hablando de la reverencia, *“si digo que allá la urbanidad es una religión, hago entender que hay en ella un algo de sagrado”*. Es claro que el aula no es un espacio religioso, en el sentido oficial o clerical del término, pero hay en ella una exigencia, al menos, de buenas maneras o, dicho de otro modo, que en el aula hay que saber comportarse y guardar las formas. En el aula nadie está a sus anchas, nadie está en su casa, pero podría ser una orla des-privatizada, des-familiarizada o des-domesticada de la casa. Porque si el aula es casa de algo, lo es del estudio. Y a mí aún me gusta oír a alguien que, cuando habla de la universidad, dice eso tan trasnochado de *“esta casa de estudios”*. Las buenas maneras del aula no son otras que las que requiere el estudio.

18.

Al preparar el curso he separado cuidadosa y amorosamente los textos y las pelis. Los chicos y las chicas tienen que saber (y sentir) que en mis clases van a encontrar cosas bonitas, interesantes, de esas que merecen atención y un cierto esfuerzo: cosas que valen la pena. Además, de alguna manera, sé que es toda una vida de lector, de estudioso, la que está comprometida en esa elección y en ese regalo. Así que meto en la mochila los materiales del día, siento una cierta inquietud por si seré capaz de presentarlos con la dignidad que creo que les corresponde y, sobre todo, por si serán capaces de suscitar una cierta actitud, si no de fascinación al menos de respeto, o de consentimiento. Llamo a eso el momento de la reverencia.

19.

No pediré reclinatorios ni genuflexiones. Los textos no serán cantados ni salmodiados. No habrá en el aula palabras reveladas, autoritarias, dogmáticas o doctrinarias. Pero lamentaré que no tengan poder de revelación, que no se reconozca su autoridad y su peso, que no se fijen en la mente o en la memoria, que no sean de alguna manera correspondidas. Sé que me irritaré cuando las sienta niveladas y rebajadas, ignoradas y menospreciadas, tomadas como palabras vanas, ordinarias o cualesquiera. A veces sentiré eso como un fracaso, y no tendrá más importancia, pero a veces lo sentiré como una ofensa, como una profanación, y no podré resistir a la reprimenda o al sermón, es decir, a una cierta exigencia de atención y de respeto. Llamo a eso el momento de las lamentaciones de Jeremías o el momento de la voz que clama en el desierto.

20.

Si la poesía es el arte de la palabra, la actividad del poeta presupone dotar a la palabra de un cierto carácter sagrado o, al menos, confiar en que tienen una fuerza que va más allá de su

utilidad. Ser poeta es tratar de hacer que las palabras tengan poder, que de ellas emane una cierta magia. Leer poesía es entregarse a la fuerza de las palabras.

El arte del profesor consiste en tratar de hacer que los textos que da a leer contengan también una cierta potencia. Por eso el profesor necesita un texto que resista (que pueda ser el objeto de un cierto trabajo), pero también un texto que conmueva (que tenga la fuerza de provocar movimiento). Y para eso no sirve un texto cualquiera. Lo sagrado, dice Leiris, *“será lo que me es heterogéneo (¿trascendente?), eso que es exterior a mí pero a lo que yo puedo adherirme para sobrepasarme”*. En el aula se leen cosas que sobrepasan, cosas a las que hay que adherirse y entregarles algo de nosotros mismos (atención, concentración, esfuerzo, repetición, tiempo, paciencia, confianza) para que ellas, a su vez, nos devuelvan alguna cosa.

21.

El aula queda instituida cuando los textos están encima de la mesa, cuando las reglas han sido establecidas y aceptadas, cuando las tareas han sido asignadas. Es ahí donde me gusta decir eso de *“a partir de ese momento lo que pase aquí ya es cosa de todos”*. Se produce entonces un silencio más denso de lo normal y cada uno formula sus condiciones y sus exigencias. Llamo a eso el momento constituyente. También me gusta decir eso de *“aquí hay algunas cosas, algunas actitudes, algunas maneras, que no entran, que no cuentan, que no vienen a cuento y, desde luego, la pregunta de ‘esto para qué me va a servir’ es una pregunta impertinente”*. El silencio se adensa aún más, y llamo a eso el momento destituyente. Y es que para que el aula sea aula hay que poner algunas cosas y hay que deponer otras, y tan importante es lo que se activa como lo que se desactiva, lo que se constituye como lo que se destituye. Además, también digo eso de *“aquí no manda nadie, ni siquiera nosotros mismos; aquí las únicas cosas que son soberanas son la lectura, la escritura, la conversación y el pensamiento, es decir, el estudio; aquí las cosas no tienen función, no sirven para nada y por eso las podemos usar libremente”*. Ahora sí que el aula no es, no puede ser, no debe ser, un lugar cualquiera. Llamo a eso el momento de la proclamación del aula como territorio liberado.

22.

El texto no rechaza a nadie y se entrega a todos sin misterio. No es más que una serie de palabras puestas en línea. Lo único que hay que hacer es seguir la línea. Y, al paso, sobre la línea, hacer algunos subrayados, tomar algunas notas, seguir la aparición reiterada de algunas palabras, hacerse cargo, a medida que se lee, de cómo el texto está organizado, formular, quizá, algunas preguntas. Tareas banales, rutinarias, que hay que hacer, eso sí, con la máxima atención. Lo único que hay que hacer con el texto es leerlo. Como lo único que hay que hacer con el camino es caminarlo. Y en el aula, eso sí, dar cuenta de la lectura. Y darse cuenta de lo que se ha leído y de cómo se ha leído.

Me gusta recorrer las filas de los estudiantes y ver sus papeles rayados de colores, sus cuadernos llenos de anotaciones. El momento más bello es cuando alguien toma la palabra, lee un párrafo, dice que ha sido hermoso leerlo, trata de formular lo que el texto le ha hecho sentir, le ha hecho pensar, y hay en la sala alguien que sonrío y que asiente. A veces alguien me agradece un libro o una peli, o me dice que le ha recomendado el libro a algún amigo, o que ha visto la peli con sus padres. A veces hay alguien que me pide que le sugiera otras cosas para leer. Llamo a eso el momento de tomar lectura y de pensar que ha valido la pena. Pero lo más frecuente es que no se haya leído, o que se lo haya hecho de forma negligente, sólo para salir del paso. Llamo a eso el momento de la vergüenza, o el momento en que todo es mentira.

23.

No habrá humo de incienso ni bendiciones. La mesa en la que el profesor deposita sus materiales no será altar de ofrendas o de sacrificios. Las palabras que aparezcan en la pizarra o las imágenes que brillen en la pantalla de proyecciones no serán objeto de adoración. Lo sagrado existe, dice Leiris, no en los objetos o en las personas *“sino en la relación que se establece con ciertas cosas y con ciertas personas. Así lo sagrado permanece fluido y no se substancializa”*.

No es el aula lo que es sagrado, ni los libros que se leen allí, ni las personas que lo ocupan. Pero sí las relaciones que allí se establecen (con el lugar, con los textos, con las personas). Lo que no

es, no puede ser, no debe ser, es tomar el aula, los textos del aula y las personas del aula, como si fueran cualquier cosa. En el aula, todo debe tener el aura de lo excepcional, de lo extraordinario. Aunque sea lo excepcional que se repite, lo extraordinario de todos los días.

24.

Algunos días, claro, llego al aula cansado, perezoso, de mal humor, con pocas ganas, o todavía envuelto por los asuntos y las preocupaciones "de casa". Algunos días hubiera preferido no tener clase y tengo la sensación de arrastrarme a mí mismo a un lugar al que no quiero ir. Pero al pedir silencio y comenzar a leer y a comentar (en público) siento que conecto con otra cosa y es como si me sintiera revitalizado, como si me naciera una energía de la que no me creía capaz, como si me elevara sobre mí mismo. Llamo a eso el momento de la inspiración o el momento del estar poseído. Luego es como cuando se acaba la música: termina el trance y uno, de nuevo, cae sobre sí mismo y en su propia desgana. Llamo a eso el momento en que la fiesta termina.

Michel Leiris dice que hay que estudiar lo sagrado "*en estado naciente*" y no en sus formas petrificadas (religión, patria, moral, etc.). Y dice que ahí está "*su relación con el éxtasis y con un cierto 'fuera de sí'*". Pero dice también que hay un "*sagrado agudo*" y un "*sagrado latente*", y que éste último está relacionado con la masa de todo lo que se respeta. Para mí, que nunca fui dado a la pasión y a la efervescencia, el aula tiene que ver más bien con el cuidado debido "a lo que se respeta". Y siento que es la relación con eso que es mi objeto de respeto lo que me da la fuerza que no tengo. Llamo a eso el momento en que la fuerza del lugar se encarna.

25.

Leiris dice también que el estado sagrado por excelencia consiste en "*ser al mismo tiempo perfectamente 'uno mismo' y estar perfectamente 'fuera de sí'*". Y añade que la resolución de esta contradicción aparente es lo sagrado "*en tanto que comunicación*". De ahí que lo que cualifica al aula con las marcas de lo sagrado sea precisamente su carácter a la vez público e íntimo. Tal vez sea ese el secreto de la *lectio*, de la lectura pública y en público, de la práctica central de la sala de aula: que las palabras son de todos, pero son dichas y recibidas por cada uno, como si le estuvieran especialmente dirigidas. Un secreto, desde luego, que rara vez se alcanza.

26.

No hay en el aula comunión de creyentes ni armonías preestablecidas, tampoco una apelación a la unidad o a la totalidad. En el aula todo está separado. Las personas, desde luego, diversas y a la vez semejantes, juntas pero a la vez aisladas, cada una allí a su manera y por sus propias razones. También los textos, azarosos y al mismo tiempo necesarios. Todo en el aula podría ser de otro modo. Y qué es lo que reúne no puede nunca darse por supuesto, ni siquiera un interés compartido, por mínimo que sea. Pero hay siempre un esfuerzo desesperado por enlazar, por conectar, por comunicar, para que algún tipo de relación se produzca. Tal vez por eso, dice Leiris, "*lo sagrado no puede existir más que por instantes*", en los raros momentos "*en que la comunicación se establece*". Pero para que esos instantes puedan suscitarse hace falta una cierta ritualización de los gestos, una cierta estabilidad de las formas, la producción de una cierta tensión, de una cierta disposición, de un cierto estado, de una cierta manera de estar allí y, sobre todo, de una cierta manera de estar en ello. Por eso el aula no es, no puede ser, no debe ser, un lugar cualquiera. Llamo a eso el momento de creer en los milagros.

27.

En un fragmento en el que pueden reconocerse resonancias de Georges Bataille, Michel Blanchot dice que "*en un mundo en el que todo gasto de energía debe desembocar en una acción real que la conserve, Sísifo es imagen de lo que se pierde, de un intercambio eternamente deficitario, de una balanza en perpetuo desequilibrio. Representa una acción que es lo contrario de la acción. Simboliza, por su trabajo, lo opuesto al trabajo. Es lo útil-inútil, o sea, a los ojos de un mundo profano, lo insensato y lo sagrado*". Lo que se hace en el aula es lo opuesto al trabajo, pero también es lo opuesto al intercambio, al retorno o a la rentabilidad. El aula no es una plaza aunque podría ser la orla des-mercantilizada de la plaza, el lugar donde las cosas pasan de unas manos a otras pero para nada y a cambio de nada. Y es que en el aula todo es gasto, desperdicio,

apenas sin retorno. La sensación que tengo al salir de clase es que todo es nada, que todo pasa, que nada se acumula o se conserva, que nada retorna, que todo se pierde, se desvanece, se lo lleva el viento. Llamo a eso el momento de para qué todo o, un poco después, el momento de mañana habrá que empezar de nuevo.

28.

El aula, claro, no es un lugar sagrado. El aula es más bien un lugar vacío o, mejor, una forma vacía. Somos nosotros la que la sacralizamos cuando la respetamos, la cuidamos, colocamos en ella algunas cosas que consideramos significativas, nos damos algunas reglas de comportamiento, le atribuimos cierto poder y le entregamos lo mejor de nuestra sensibilidad y de nuestra inteligencia. Si el aula tiene fuerza es, claro, por lo que nosotros ponemos en ella.

Lo que más me impresiona en la primera visita al aula es precisamente cómo es de vacía. Apenas unas paredes, unas ventanas para que entre la luz, unas sillas alineadas, una mesa para el profesor, una pizarra y una pantalla. Y cuando acaba mi tiempo, borro la pizarra, apago el proyector, recojo los libros, digo eso de “hasta la semana próxima” y cruzo el umbral para salir, me sorprende otra vez de cómo es de frágil y de vulnerable y de cómo nos necesita para poder seguir siendo lo que es, o lo que fue, o lo que hubiera podido ser, o lo que a lo mejor mañana será. Llamo a eso el momento de la ternura. Y es que lo que hacemos sagrado no es, quizá, lo más poderoso sino lo más débil y, por eso, lo que más necesita de nuestros cuidados. Algo así como los niños, los osos polares, las flores de montaña, los recuerdos de cuando fuimos felices, el silencio, las palabras sinceras, los ríos de agua limpia, los ecos de las voces de los muertos.

29.

Pienso entonces que lo más importante que hay que verificar en el aula es el aula misma. Que lo más importante que se hace en el aula es intentar, una vez más, que el aula sea aula. Digamos que no sé si el aula existe, pero que mi deber es suponer que consiste, insiste, resiste o persiste; sé que de esa suposición depende la continuación del estudio; sé que esa verificación hay que hacerla una y otra vez; sé que el aula no está dada (no está antes), que tampoco es un objetivo a conseguir (no está después), sino que hay que hacerla cada día; sé que el profesor tiene una responsabilidad con la materia de estudio, sí, con los estudiantes, también, pero que quizá su responsabilidad esencial sea con el aula misma. Porque es el aula, la creencia en el aula y la tarea de “hacer aula” la que me hace profesor. Llamo a eso el momento de la profesión de fe, o de la vida consagrada.

30.

Otra vez Leiris: *“Toda mi investigación de un ‘sagrado’ se resume en esto: lo que puede ayudar a encajar el golpe cuando se está en las escaleras de la muerte, lo que la muerte no desvaloriza, lo que guarda su sabor y su peso aunque haya la muerte”*. Llamo a eso el momento del profesor viejo.

Referencias:

Las citas de Michel Leiris están tomadas de *Le sacré dans la vie quotidienne*. La de Roland Barthes de *El imperio de los signos*. La de Rafael Sánchez Ferlosio de *La forja de un plumífero*. El lector habrá adivinado el guiño a *Un dique contra el Pacífico*, de Marguerite Duras. Las citas de Peter Handke están en *La historia del lápiz* y la de Maurice Blanchot en *El mito de Sísifo*. Los versos de Antonio Machado pertenecen a *Proverbios y cantares*. Y han quedado claras en el texto la cita de Platón, del *Banquete*, la referencia a *Las ciudades invisibles* de Ítalo Calvino, y las citas de *El Maestro Ignorante*, de Jacques Rancière.